EL ESPÍRITU DE NICOLÁS

(Fragmento)

Elsa Cajiao

Ilustraciones de Fernando Ares

I



La habitación de Carlota y Arnau se asomaba a Villavieja, una antigua masía rodeada de bosque. No es que fuera en particular vistosa, la verdad, pero sí la última en pie en muchos kilómetros a la redonda. Era una construcción sobria de dos plantas, hecha de piedra y teja, con su huerto y su granja, y ese bosque, ay, que a muchos, de dentro y fuera del pueblo, hacía salivar.

Por la mañana, la puerta de Villavieja se abría con un chirrido y escupía al porche a Félix, un perro lanudo y reumático que había olvidado cómo ladrar. Detrás salía su dueña, doña Juana Reverie, envuelta en un chal negro, hiciera frío o calor. A pesar de ser contemporánea biológica de su mascota, se entregaba con brío a sus quehaceres: barría el porche, atendía el jardín y el huerto, refunfuñando contra los nabos, cuyas cabezas lechosas despuntaba entre un desparrame de hojas. De ahí marchaba al corral, donde la aguardaba un alboroto de plumas y voces capitaneado por una gallina con ínfulas de gallo.



Desde la muerte de su marido, doña Juana se había vuelto esquiva, pero no con Carlota y Arnau. Ellos solían visitarla al volver del colegio: No tenían ni que llamar al timbre: les bastaba empujar el portalón, entreabierto a esa hora, y la descubrían ya leyendo bajo el arce japonés escarlata —el árbol más espléndido no solo de Villavieja, sino del pueblo entero—, ya en la cocina, lista con un pastel recién horneado para contarles las aventuras más disparatadas de los habitantes de sus dominios.

En casa, los hermanos montaban sus propias versiones. Su imaginación brotaba desordenada como el campo de nabos de Villavieja y cada uno se aferraba a sus ideas. Por eso, las discusiones duraban más que la representación. En verano les gustaba actuar en la terraza. Mamá había llenado aquello de plantas y colgado farolillos y en la penumbra verde y titilante las criaturas del bosque de doña Juana cobraban una especie de vida…

Una de esas noches de verano los desacuerdos fueron tan irreconciliables que cada uno se fue por su lado: Carlota se estiró en la hamaca del porche y Arnau se refugió al otro extremo entre dos tuyas raquíticas, cuyas hojas le gustaba estrujar para aspirar su olor afrutado. Desde allí, mientras se olía los dedos, vio a lo lejos una lucecita en la negrura de Villavieja e imaginó a doña Juana leyendo en su viejo sillón de orejas.

Un plof, como el de una manzana al caer, lo hizo saltar: junto a los toneles donde estaban las tuyas, una criatura de dos palmos de altura, piel cremosa y

bigotes retorcidos, se frotaba la cabeza, adolorida. Arnau apretó los párpados; al volverlos a abrir, la criatura seguía allí, petrificada, los ojos fijos en él. Corrió despavorido hacia el porche.